

mentados por esta disciplina, tanto en la teoría como en la práctica. Para ello, un primer paso es presentar la base teórica según la cual las traducciones se lean como lo que son —como textos por derecho propio— desmitificando la *ilusión de transparencia*, un efecto discursivo al igual que otros muchos, para a continuación animar a los traductores para que obliguen a revisar todas las condiciones, tanto culturales como económicas y legales, que les marginalizan y explotan:

Recognizing the translator as an author questions the individualism of current concepts of authorship by suggesting that no writing can be mere self-expression because it is derived from a cultural tradition at a specific historical moment.

Por ello insiste en que reconocer la *invisibilidad* del traductor nunca va a hacer posible cambiar la situación actual, que debe reconsiderarse, esperando que el traductor se decida a exigir volver a negociar las condiciones que de hecho le corresponden.

MARÍA ANTONIA ÁLVAREZ

WILL, FREDERIC. *Translation Theory and Practice*. Lewiston, New York: The Edwin Mellen Press, 1993.

Si esta obra resulta interesante para el alumno de traducción es por-

que se acerca tanto a los problemas teóricos como a los prácticos, basándose principalmente en la traducción literaria. Entre los múltiples ejemplos que Frederic Will ofrece de diferentes formas de traducir, el estudiante va encontrando consejos que ha de tener en cuenta durante el desarrollo de su profesión, por ejemplo, que el traductor tiene una obligación y una responsabilidad con el autor a quien traduce, o que saber enjuiciar cualquier problema con claridad es un imperativo al traducir o al evaluar una traducción.

El traductor ha de realizar, en primer lugar, una lectura profunda del texto, para comprender lo que el autor quiere comunicar y después las técnicas de escritura para expresar el mensaje dirigido a unos lectores. Por tanto, traducir es saber establecer una comunicación o relación efectiva con otras personas, lo que requiere fidelidad al mensaje del texto original. Como Will afirma:

No wonder translation talk keeps renewing its normative accent, insisting on the importance of establishing both aesthetic and moral value together. The translator has, of course, no more claim than the poet or novelist to a professional concern with value; and in many senses the creator has the more vivid and instructive inwardness to value. (p. 30)

Como traductor literario que es, Wills se plantea las preguntas que le han surgido durante tantos años dedicados a su profesión: «Why not write about the translation of literature in a

diction which resembles or which could be converted into the diction of literature? Why not write about the translation of literature as though it were (which it is) preeminently a self-conscious operation?» Esta *self-conscious operation* impone sobre la traducción una presencia de sí misma como actividad que no puede analizarse desde fuera, sino que debe representarse. Y continúa «Why not show, in the language with which we testify to (say) translation, that we realize in this instance how little innocent our knowing relation is?» Esto significa alguna clase de transformación de nuestra propia lengua, en la certeza de cómo cualquier lengua (quizá también nuestra propia lengua nativa) transformó alguna otra lengua: la *une langue* en la frase de Derrida.

Su principal distinción entre la obra original y la traducción es que aquélla crea algo nuevo desde dentro, mientras que la segunda —a pesar de que requiera imaginación para llevarla a cabo— trabaja sobre equivalencias:

Translation's job is to place those equivalents—sounds and sense at work in them—at a perfect distance from their source—at a judicious, lively, instructive distance. Knowing that distance, finding it with care, the translation will slip into its own center of gravity, will create its own kind of interiority. Viewed without knowledge of its original, that translation may appear independent; but in fact lively dependence will be the underlying source even of that appearance.

Here is part of the mystery, of translation's restoration of the Word. The greater the translation's dependence, the more scrupulously it will work away both from the sound and the sense of the original. (p. 152)

El traductor ideal trata de lograr una armonía entre los dos textos: avanzando desde lo que el original quiere decir, traslada el *alma* de este original a un nuevo cuerpo, lo que llama «the original's reconciliatory alchemy in a new retort.» (p. 163) En consecuencia, lo que persigue el traductor es colocar su propia versión a la misma altura que el texto sobre el que se basa, colocándola así en igual posición a la alcanzada por el texto original.

Para Frederic Will, la traducción es «both *just reading* and the whole critical act involved in discerning another's text.» (p. 207) Pero, sobre todo, es una lectura que tiene lugar a través de fronteras lingüísticas, permitiendo cruzar esas fronteras a través de la elección de significados en una nueva lengua. Por concentrarse en el problema de cruce de fronteras, la traducción se convierte en

...a key act for scrutinizing the nature of meaning, the possibility of recuperating the past, and above all for understanding the farthest limits (and limitations) of human solidarity. 'Just reading' can do all that, and of course much more—as it carries us into the widest reaches of humankind's printed imaginative life. (p. 207)

Pero la lectura no implica una autocrítica interna que la defina, lo

que —según Will— «makes central to itself an address to these various issues.» Añadiendo que

...the limits of human solidarity are, as translation presents them, provocations. Sacrifice has seemed to imply the possibility of translating. It leaves us with no more guarantee, of our reading of the past, than the renewed appetite of address that past. (p. 208)

Colocarnos ante textos que pertenecen al pasado nos permite recrearlos, lo que supone un acto de fe en la renovación de la cultura. En ese sentido, supone enfrentarnos al problema del conocimiento histórico, ya que la actividad traductora es el mayor testimonio de nuestro deseo de arriesgarnos a volver a experimentar actos que corresponden al pasado. Este testimonio es nuestro tributo, según Will, a lo que denomina *pledge of possibility* que la traducción oculta dentro de sí misma:

Never confronted by a completion, never defeated by an absolute check. (p. 210)

MARÍA ANTONIA ÁLVAREZ

YLLERA, ALICIA: *Teoría de la literatura francesa*, Madrid, Síntesis, 1996, 367 pp.

Como profesor de Teoría de la Literatura se nos pide una noticia de este libro, y a ella nos ponemos.

En realidad de lo que trata Alicia Yllera es de «la teoría literaria en Francia», según nos advierte; estamos en efecto ante un panorama que llega desde la Edad Media hasta nuestros días, y ante un panorama equilibrado: unas épocas u otras reciben análoga atención, sin que la autora caiga en esa obsesión por lo muy actual que tanto caracteriza a nuestro momento histórico.

La profesora Yllera aborda «El mundo medieval», y subraya cómo no resultaría adecuado prescindir de él: «Resulta difícil —escribe— prescindir de la época en la que se fraguan las literaturas vulgares y se crean muchas de las grandes obras del arte cristiano. Las teorías literarias fueron más numerosas e importantes en la Edad Media de lo que se suele creer». En España por ejemplo (lo decimos de paso), sí que tiene sentido iniciar la historia de las ideas lingüísticas con Nebrija, pues él no sólo hizo la primera Gramática de la lengua (1492), sino el primer diccionario del español (1495).

Nuestra autora va recorriendo autores al hilo del tiempo, y expone con solvencia algunas de sus ideas; sólo por la información que presta la presente obra es de notoria riqueza. Llega Alicia Yllera al Seiscientos, y advierte cómo se trata de «el siglo clásico francés por excelencia», aunque enseguida añade y matiza que «incluso en los momentos de mayor predominio del preceptismo, los grandes autores supieron conservar su